

MANUEL AZNAR SOLER

GEXEL-CEDID-Universitat Autònoma de Barcelona

María Zambrano y el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura

Resumen

María Zambrano fue el 18 de julio de 1936 una intelectual “leal” al gobierno republicano del Frente Popular. Afiliada a la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura y “al servicio de la causa popular”, colaboró en revistas militantes como *El Mono Azul* y *Hora de España*, impulsó diversas actividades culturales durante su estancia en Chile en defensa de la República española y publicó *Los intelectuales en el drama de España*. A su regreso, asistió en Valencia el 4 de julio de 1937 a la sesión inaugural del Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Una fotografía de Walter Reuter, un artículo de aquel año 1937 y una carta inédita de 1978 documentan la relación de María Zambrano con aquel mítico Congreso.

Palabras claves

María Zambrano; Intelectuales y pueblo; Guerra y revolución; Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura; *El Mono Azul. Hora de España*; *Los intelectuales en el drama de España*

María Zambrano and the Second International Congress of Writers for the Defense of Culture

Abstract

On July 18, 1936, María Zambrano was an intellectual “loyal” to the Republican government of the Popular Front. Affiliated to the Alliance of Intellectuals for the Defense of Culture and “at the service of the popular cause”, she collaborated in militant magazines such as *El Mono Azul* and *Hora de España*, promoted various cultural activities during her stay in Chile in defense of the Spanish Republic and published *Los intelectuales en el drama de España* (Intellectuals in the drama of Spain). On his return, he attended the inaugural session of the Second International Congress of Writers for the Defense of Culture in Valencia on July 4, 1937. A photograph by Walter Reuter, an article from that year 1937 and an unpublished letter from 1978 document María Zambrano’s relationship with that mythical Congress.

Keywords

María Zambrano; Intellectuals and the people; War and revolution; Alliance of Intellectuals for the Defense of Culture; The Blue Monkey; Time for Spain. Intellectuals in the drama of Spain.

Para Antolín Sánchez Cuervo

I. María Zambrano y la Segunda República Española (1931-1936)

El 18 de julio de 1936, ante la sublevación militar fascista que originó la guerra de España, María Zambrano fue una intelectual «leal» al gobierno republicano del Frente Popular, vencedor en las elecciones democráticas de febrero de 1936.

Esta condición «leal», que María Zambrano manifiesta en *Los intelectuales en el drama de España*, su ensayo militante de 1937, no constituía ninguna sorpresa dada la trayectoria vital e intelectual de María Zambrano desde que el 14 de abril de 1931 se proclamó por voluntad popular la Segunda República Española (Bundgard 2009):

En abril de 1931 el pueblo había mostrado su cara; la cara de la alegría y de la gloria que no conocíamos los españoles. Nunca habíamos estado todos juntos tan contentos, porque nunca habíamos estado contentos, y muy pocas veces juntos (Zambrano 1998: 105).

Una convicción «popular» que reafirmaba en su durísima carta contra el doctor Gregorio Marañón, un intelectual «liberal» que, ante la realidad de la guerra, al igual que el filósofo «liberal» José Ortega y Gasset, maestro de María Zambrano, había adoptado una actitud «neutral» contra la República:

[...] No fueron los partidos políticos, como ya señalara Ortega y Gasset, quienes trajeron la República. ¿La trajo quién? El pueblo.

El pueblo: algo con lo que el liberal se olvida de contar (1998: 126).

Ese protagonismo del «pueblo», en su sentido más genérico, volvió a estar presente, según la propia Zambrano, en la fracasada revolución de octubre de 1934:

El hecho de la revolución de octubre de 1934 es decisivo, porque en él se muestra el pueblo en su grandiosa presencia. [...] Octubre de 1934 en Asturias mostró la presencia íntegra del pueblo; en su fiereza y ternura, en su padecer infinito. Hoy se ve con intuición poderosa, aunque de dolorosas consecuencias por los martirios que sufrieron, que tuvieron motivo para lanzarse a impedir la subida al poder de fuerzas tan negras, de tan pavorosos designios. No se equivocaron y su martirio tampoco fue estéril (1998: 105).

Deudora del *Juan de Mairena* de su admirado Antonio Machado –no olvidemos que el poeta fue amigo de su padre, Blas Zambrano–, la autora distingue lúcidamente entre el patrioterismo de «los señoritos» y el patriotismo popular:

Marxista o no marxista, el pueblo siempre es lo nacional. Antonio Machado lo dice como nadie:

La patria –decía Juan de Mairena– es en España un sentimiento esencialmente popular del cual suelen jactarse los señoritos. [...] Si algún día tuvierais que tomar parte en una lucha de clases, no vaciléis en poneros al lado del pueblo, que es el lado de España...

Esta verdad se nos hizo presente ya a todos los españoles con el terrible acontecimiento de la revolución asturiana y la represión bárbara que la siguió (1998: 106-107).

En efecto, la brutal represión de los mineros asturianos por parte del gobierno derechista de Alejandro Lerroux (Partido Radical) y José María Gil-Robles (la CEDA) impactó en las conciencias de buena parte de la intelectualidad española:

La horrible represión de Asturias, la llegada de moros del Tercio Extranjero llevados por el Gobierno para dominar el levantamiento de españoles, la licencia con que estas tropas dieron suelta a sus instintos, mostraba de cuánto eran capaces los «concesionarios» de la patria. [...] Se elaboró la teoría de la patria y de la antipatria, de la España y la anti-España (1998: 105).

II. El 18 de julio de 1936 y María Zambrano en la guerra de España

No hay que olvidar nunca que la República no hizo la guerra, sino que se la hicieron. Por ello, para Zambrano fue una «guerra no buscada, sino simplemente aceptada» (1998: 277). Tampoco debe olvidarse nunca que la guerra de España no fue únicamente una guerra civil entre españoles, sino una guerra internacional declarada por el fascismo español contra la legalidad democrática republicana que contó desde el principio con la ayuda militar del fascismo internacional, es decir, de tropas nazis de la Alemania de Hitler y de tropas italianas de Mussolini:

Está el hecho mismo de que veamos a España invadida de ejércitos italianos y alemanes. El pueblo lo supo cuando, sin armas, se lanzó a tomar el Cuartel de la Montaña. Aquel día despertó la furia celtíbera, la misma de Numancia y el Dos de Mayo. Los comunistas gritaban por su periódico, *Mundo Obrero*: ¡Viva España!, y así era. El pueblo luchaba de nuevo por su independencia, mientras los señoritos, como en la invasión napoleónica, ayudaban al invasor (1998: 117).

Al margen de una equiparación más que discutible entre «los señoritos» afrancesados de 1808 y «los señoritos» fascistas de 1936, Zambrano sostiene que la guerra de España es una nueva guerra de Independencia, tesis defendida también entonces por el Partido Comunista de España (Bundgard 2009: 202):



María Zambrano a la salida de la sesión inaugural del II Congreso de escritores. Ayuntamiento de Valencia, 4 de julio de 1937.
© FOTO WALTER REUTER

Cuando el pueblo español conoció la traición de que era objeto, cuando tuvo la evidencia plena de la invasión del fascismo internacional atentando contra su libertad y su hombría... [...] lo que en realidad tuvo lugar no fue *un acto moral, sino un acto de fe*. Por un acto de fe en su destino humano, por un acto de fe en su dignidad y en la libertad ultrajadas, el pueblo español se lanzó a la muerte sin medir las fuerzas, sin calcular. Por un acto de fe irresistible (1998: 215).

La resistencia antifascista del pueblo español fue para Zambrano un «acto moral», «un acto de fe» en defensa de su dignidad y de su libertad. Así, en su «Carta a Rafael Dieste», fechada en «Valencia, noviembre 1937», escribe:

«La guerra, la guerra de *invasión* sobre España, la guerra nuestra de independencia me ha *convertido*, quiero decir que me sumergió absolutamente en lo español que he sentido revivir día a día (1998: 168).»

Naturalmente, mientras el fascismo internacional ayudaba militarmente a las tropas del general Franco, María Zambrano se manifiesta radicalmente en contra de la política de no-intervención practicada por las democracias burguesas occidentales (Francia e Inglaterra), una forma de intervención como otra cualquiera en contra de la República Española. Por ello, en su «Carta a Rosa Chacel», fechada en Barcelona el 26 de junio de 1938, menciona también a su querida Concha de Albornoz, ejemplos ambas de intelectuales que han abandonado la España republicana y se encuentran ya en el extranjero:

Pero te repito la diferencia: yo estoy aquí, ligada a esto, no a un partido político, pues estoy más sola aún que cuando me conociste, más aislada. Ligada a la lucha por la *independencia* de España, por la existencia misma de España contra Italia –caricatura del Imperio romano contra la cual voy por caricatura y por Imperio–, contra los bastardos del Norte, contra la pérvida y zorra Albión, contra la degeneración y perversión más grande de lo español que han conocido los siglos..., y *con*, con mi pueblo, en el que creo al par que en Dios (1998: 212).

III. La Alianza de Intelectuales para la Defensa de Cultura (AIDC)

Pero volvamos a María Zambrano y al 18 de julio de 1936. En este sentido, hay que tener presente que, a finales de julio de ese mismo año, se publicó el Manifiesto de la AIDC madrileña, cuyo primer firmante fue «Alfonso R. Aldave, escritor» y, entre muchos nombres más, consta también el de «María Zambrano, escritora» (Aznar Soler 1987: 303-304):

Hacia el mes de abril de 1936 comenzaron en Madrid las reuniones de un grupo de intelectuales para constituirnos en una agrupación correspondiente a la similar de París. [...] El engañoso mito de la España y la «anti-España», de la patria y la «anti-patria», se levantaba inflado por los «teóricos» del fascismo, y dicho está que de todos estos «anti» se hacía responsable a gran parte de la intelectualidad. Estos síntomas diversos acusaban la inminencia de un cambio profundo; cuando hacíamos un viaje por los campos y pueblos de España sentíamos, sin embargo, venir a nuestro encuentro una esperanza desprendida de aquellos rostros macilentos, de aquellos ojos arrasados de fatigas.

Todo esto y otros síntomas, aún, que no es el caso de enumerar, patentizaban, con la evidencia de los hechos, que la situación del intelectual tenía que cambiar entre nosotros, que había ya cambiado en realidad, puesto que no era posible permanecer apartados, separados de problemas tan hondos e inmediatos (1998: 148)

Los intelectuales «leales» al gobierno republicano se pusieron por tanto al servicio de la causa popular: unos abandonaron la pluma por el fusil para luchar en los frentes y otros empuñaron sus plumas como armas de guerra para escribir artículos, libros, obras de teatro y poemas:

El manifiesto que pensábamos dar como acta de nacimiento y declaración de nuestro espíritu hubo de juntarse con el que las nuevas y trágicas circunstancias demandaban. Y éste fue el primer acto con el que la «Alianza» entró en vida, ya plenamente dentro de la lucha activa contra el fascismo.

Muchos de los que firmaron el manifiesto se incorporaron voluntariamente a las filas del naciente Ejército Popular, otros comenzaron trabajos de cultura en los batallones, organizando bibliotecas, charlas, pequeños mítines, lecturas de poesías en los cuarteles y en los hospitales. Algunos visitaron continuamente los frentes, tanto para una labor de propaganda en ellos, como para escribir crónicas de qué pasaba allí, trayéndoles su magnífico espíritu a los que quedábamos (1998: 149).

La Alianza fue, por tanto, la organización unitaria y Frente Popular de los intelectuales republicanos «leales» que lucharon en defensa de la cultura contra el fascismo internacional:

La Alianza ha sabido agrupar a los núcleos más valiosos de la intelectualidad española, muy especialmente a los jóvenes, poetas, artistas, ensayistas e investigadores, para ponerlos al servicio de su pueblo. Ha sido así el cauce apropiado de la pasión de la inteligencia en nuestra lucha. Todas las posiciones del intelectual en España, desde Gil Albert a Bergamín, están representadas e integradas en la Alianza, como lo están en las trincheras, donde nuestros combatientes se unen ante un enemigo común, que lo es también de la inteligencia y de la cultura (1998: 151).

Era el tiempo de la intelectualidad militante y combatiente, el tiempo en que «todos éramos militantes, combatientes, la inteligencia también, y esto me parecía restituirla a días de aurora; la veía fragante como en Grecia, recién nacida en Madrid, como España. Hombres recién nacidos, recreados, pensaba yo, éramos todos» (1998: 169). En definitiva, era el tiempo en que los intelectuales «dejaron de serlo para ser hombres» y afirmar así «la hombría en su sentido moral» (1998: 112):

En los días del 17 al 20 de julio, muchos muchachos de profesión intelectual, sintiéndose ante todo hombres, marcharon a combatir al frente de la Sierra o participaron en la toma del Cuartel de la Montaña, nuevo 2 de mayo. [...] para que se les facilitasen armas, de las escasísimas que existían por aquellos angustiosos días. Así, Rodríguez Moñino [...] Juan Chabás.

Era admirable esa pasión decidida, este olvido de todo lo que no fuese la hombría en su sentido moral. Pero pasados los primeros momentos, cuando se comprendió que la lucha sería larga y que no resultaba del todo adecuado el espontáneo y heroico ejército formado sobre la marcha, sino que sería preciso organizarse para una guerra larga, constituirse en pueblo que vive en pie de guerra, de lucha forzosamente, si no quiere dejar de existir, se pensó entonces, naturalmente, en una división de funciones y trabajos y en el máximo rendimiento que cada uno podía dar en esta tremenda lucha.

Pasado también el primer momento, en el que solamente se sentía uno existir como ser humano simplemente, vino una recuperación del ser anterior; el intelectual recordó su oficio, pensando que la guerra no debía despojarle de esta su condición, que debía, por el contrario, afilar y pulir como un arma más en servicio de la causa común (1998: 108-109).

La intelectualidad republicana antifascista creó en aquellos primeros meses de guerra revistas como *El Mono Azul*, «Hoja semanal de la Alianza de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura», órgano de expresión de «la razón armada, combatiente» cuyo primer número se publicó en Madrid el jueves 27 de agosto de 1936:

Se sentía la intelectualidad como un oficio como otro cualquiera, que tenía su función y su utilidad social. Pero la sociedad a la que pertenecíamos estaba en guerra. *La inteligencia tenía que ser también combatiente*. Y nació *El Mono Azul*, publicado por la Alianza de Intelectuales Antifascistas; la inteligencia vistió este traje sencillo de la guerra, este uniforme espontáneo del ejército popular.

Todavía hay quien se extraña. Pero convendría recordarles que, en los días del nacimiento de la razón, cuando en Grecia, con maravillosa y fragante intuición, se quiso representar a la diosa de la sabiduría, Palas Atenea, se la vistió con casco, lanza y escudo. La razón nació armada, combatiente. Se había olvidado esta razón militante en el mundo moderno... (1998: 109).

Expresión de la «razón militante», *El Mono Azul*, que anunciaba «una nueva época de la cultura, un nuevo sentido de la inteligencia», tomaba su nombre del popular mono azul, indumentaria habitual entonces de los obreros españoles:

Razón militante, armada de casco, lanza y escudo. Nuestro modestísimo *Mono Azul*, de Madrid, nacido entre metralla, bombas y fusiles, revive este momento de la aurora de la razón en Grecia. En vez de las armas guerreras de la diosa Palas, la humilde tela azul del traje de trabajo, pueblo directamente, para fijar poéticamente las hazañas heroicas y que el pueblo se recuerde y se reconozca a sí mismo en la poesía (1998: 110).

En efecto, el romance fue la estrofa popular utilizada mayoritariamente entonces por los poetas «leales», origen de esa primavera poética que fue el *Romancero de la Guerra de España*:

Lo más destacado de *El Mono Azul*, lo más popularizado, es el romancero de la guerra. [...] Se discute entre intelectuales, y dentro de España mismo, el sentido que pueda tener resucitar esa vieja forma del romance para contar y cantar hechos de hoy. No vamos a entrar aquí en esta

polémica. Pero hay algo positivo, y es este paso dado por la poesía en sus poetas mejores y de más brillo para acercarse al pueblo directamente. [...] Me conmueven profundamente romances como la *Defensa de Madrid*, de Alberti, como *Viento del pueblo*, de Miguel Hernández, y otros muchos de magníficos poetas que tendrán el día de mañana un valor documental riquísimo y que ya hoy muchos milicianos repiten en la agonía de las trincheras (1998: 111).

Sin embargo, transcurridos esos primeros meses convulsos del verano de 1936, María Zambrano iba a identificarse mucho más con el grupo de artistas y escritores (Rafael Dieste, Ramón Gaya, Juan Gil-Albert, Antonio Sánchez Barbudo, Arturo Serrano Plaja) que en enero de 1937 crearon en Valencia la revista *Hora de España*:

El propósito es sobriamente enunciado en el número primero: se trata de vivir íntegramente esta hora de España. [...] Pero se trata también, y más hondamente, de realizar en lo intelectual la revolución que se realiza en las otras zonas de la vida. Se trata [...] de dar vida y luz a todo lo que necesita ser pensado, a la cultura nueva que se abre camino (1998: 114).

Hora de España era una revista, dependiente de la Subsecretaría de Propaganda, que se declaraba explícitamente «al servicio de la causa popular» y, aunque «nacida en la guerra, no era de guerra» como *El Mono Azul*:

Y lo que de un modo privilegiado da a ver ante todo *Hora de España* es la creencia de que la suerte del pueblo y la suerte del pensamiento eran una y la misma España.

[...]

Para el sabio, para el humanista o «ilustrado», para el intelectual desde que esta denominación entró en curso, no ha sido tan evidente que el destino del pensamiento estuviese unido al pueblo. Y menos, todavía, si se les considera como grupo o clase. La simpatía o el inclinarse ante la razón histórica que el pueblo puede tener no llega a esta creencia que identifica el destino del pueblo y el de la razón. Y ni tan siquiera ha sido así cuando el pueblo se identifica con la independencia nacional, como en España frente a la invasión napoleónica (1998: 277-278).

Hay en María Zambrano durante aquellos años de guerra una comunión incondicional y casi mística con el pueblo español antifascista que lucha por la independencia, la democracia y la libertad. Sin embargo, esa «comunión» es matizada por la propia autora cuando se localice en 1973 y se publique en 1974, con un prólogo suyo fechado en «La Pièce, 24 de noviembre de 1973», el hasta entonces perdido número XXIII de *Hora de España*, correspondiente al mes de noviembre de 1938 y que, «acabado de imprimir en enero del 39, quedó encerrado dentro de la imprenta» (1998: 275):

Y solamente nos queda a nosotros aquí indicar que [...] este sentir y pensar, esta fe en que la suerte del pensamiento y del pueblo que se manifiesta privilegiadamente en *Hora de España* no podía entrañar «el sacrificio del pensamiento a la causa del pueblo», ni tan siquiera que el pensamiento se pusiera «al servicio de la causa popular», según reza el lema de la revista, mas que, justamente, de este modo: sabiendo, creyendo que la cabeza del hombre que piensa no tenía que ser depositada al pie del ídolo-pueblo, no de la «hora de la masa», caprichosa y danzante Salomé que bien puede ser uno de los símbolos de la humana historia cuando pide nada menos que la cabeza del Precursor. [...] Ningún ídolo presidió nuestra alma, nuestra mente. No fuimos, claro parece, idólatras. La diafanidad se imponía (1998: 279-280).

Para la razón poética de Zambrano, «el autor entre todos es el poeta, y el filósofo también, más en oficio de poeta. Y el poeta ¿no necesitaría ser filósofo o crítico, y recoger la historia, y todos, ante todo, eso, seres a la altura de la humana condición?» (1998: 277-278).

Entre guerra y revolución, las nuevas circunstancias históricas y políticas evidenciaron con claridad que «dos direcciones opuestas separan a los intelectuales españoles» en aquella hora de España:

Los que quedamos de este lado, en las trincheras del pueblo, y ustedes, de quienes hemos esperado tanto y por diversos sucesos, entre ellos la muerte, el silencio o la deserción neutral, que quedan para siempre separados de las que van a ser nuestras tareas (1998: 115).

Ese «ustedes» se refería, por ejemplo, a Marañón y a Ortega y Gasset, intelectuales liberales que ahora, fuera de España, pretendían ser «neutrales». Por el contrario, Zambrano se situaba «en las trincheras del pueblo» y por ello, en su durísima carta contra el doctor Marañón, condenaba enérgicamente su actitud de «deserción neutral», una presunta «neutralidad» que quería ser, en un «equilibrio imposible», equidistante entre fascismo y pueblo español combatiente, la presunta equidistancia intelectual de la llamada posteriormente «Tercera España»:

Aquellos que en el trance terrible pretendieron sustraerse a su commoción, alegando su condición superastral de pensadores o artistas, como si la condición humana pudiera eludirse, quedarán desvinculados de las tareas esenciales del futuro, vagando en esos espacios siderales del arte, lejos de los hombres, de sus dolores y de sus glorias. [...] Los que no supieron encontrar en sí mismos esas reservas de humanidad y se metieron en la cueva oscura de la impotencia disfrazada de arte o pensamiento más o menos puro, han quedado por debajo de los tiempos, incapaces de toda acción creadora. De entre ellos, los incapaces de correr el riesgo de ser hombres, han salido los neutrales y los renegados, que aprovecharon el salir de las fronteras españolas para lanzar su resentimiento. [...] Los

«neutrales» hablan de valor por estar en el equilibrio imposible entre dos contrarios que no existen, que no pueden existir en un mismo plano; porque no hay término medio entre la muerte y la realidad preñada de futuro, ya actual, de la España que renace (1998: 113).

Recordemos que para Zambrano el 18 de julio de 1936 era «un acontecimiento no buscado, ni querido, pero ante el cual no queda sino tomar partido» (1998: 214). Y, a su juicio, obviamente, la «neutralidad es también un partido», una actitud cobarde, la de contemplar desde el extranjero el «espectáculo» de la guerra, la de ser espectadores y ver los toros desde la barrera:

Porque había llegado la hora. La hora que ellos no querían ver. La hora que los jóvenes sí veíamos, por la sencilla razón de que la sentíamos. Íbamos a ser la generación del toro, del sacrificado. Ellos, no. Ellos no se sentían sacrificados. Habían olvidado la noción del sacrificio, la historia sacrificial. Para ellos, se diría que todo era espectáculo: estaban sentados, aunque no fueran a los toros, siempre en la barrera. A salvo, viendo (1998: 125).

Por el contrario, Zambrano considera al pueblo, que nada tiene que ver con «las masas» orteguianas, como «el máximo sujeto de la historia» (1998: 141), «la materia única en que espera encarnar toda nobleza, toda grandeza» (1998: 262). Y, por ello, «nosotros antes y sobre todo pertenecemos al pueblo español, y estamos unidos a su suerte y a su porvenir incondicionalmente porque le amamos y este amor nos da esperanzas en sus decisiones» (1998: 119):

Ellos se han alzado por el odio; el pueblo les opone resistencia por no entregarse a la más vil de las esclavitudes. No se resigna a perecer; eso es todo. Prodigia con su sangre su fe en la vida (1998: 217).

IV. María Zambrano en Chile (18 de noviembre de 1936-11 de mayo de 1937)

María Zambrano se casó en Madrid el 14 de septiembre de 1936 con el diplomático Alfonso Rodríguez Aldave, que, ante la deserción de la mayoría del cuerpo, fue nombrado secretario de la Embajada de España en Santiago de Chile. Así, a bordo del buque «Santa Rita», el matrimonio Aldave-Zambrano desembarcó el 18 de noviembre de 1936 en el puerto de Valparaíso y se trasladó a continuación a la capital, Santiago, donde fueron recibidos por Rodrigo Soriano, el embajador. Sin embargo, el 11 de mayo de 1937 decidieron regresar a la España republicana, ya que el diplomático fue llamado a filas y rehusó el ofrecimiento de Soriano de declararlo «insustituible en la embajada» (Soto García 2005: 64).

Durante su estancia americana, María Zambrano organizó diversas actividades culturales en favor de la causa republicana, se vinculó al Movimiento Pro Emancipación de la Mujer Chilena (MEMCH) y publicó en la editorial Panorama tres libros durante el año 1937: en abril, *Federico García Lorca. Antología* (Zambrano 2015: 379-452); en mayo, *Romancero de la Guerra Civil Española* (2015: 453-514); y, en junio, *Los intelectuales en el drama de España* (2015: 140-194).

Vale la pena recordar un artículo suyo, titulado «A los poetas chilenos de *Madre España*» (2015: 376-378), título de una antología de poetas chilenos en homenaje a la memoria de Federico García Lorca (2015: 338-378). En este artículo, fechado en «Santiago de Chile, enero de 1937» y publicado el 18 de enero de 1937 en el periódico *Frente Popular*, aparece ya el concepto de «razón poética» –«muy probablemente, la primera formulación explícita de la «razón poética» en la obra de Zambrano», según Antolín Sánchez Cuervo (2015: 909, nota 235)–, «razón poética» que volverá a reafirmar en su reseña de *La guerra* de Antonio Machado en diciembre de ese mismo año:

Brota la fecundidad de esta conjunción de dolor humano y razón activa, de la carne que sufre y la inteligencia que descubre. Sólo el dolor no bastaría porque la pasividad nunca es suficiente, ni tan siquiera la fiera lucha armada; es preciso, y más que nunca, el ejercicio de la razón y de la razón poética, que encuentra en instantáneo descubrimiento lo que la inteligencia desgrana paso a paso en sus elementos. Es necesaria, y más que nunca, la poesía; y por eso es que brota entre vosotros, hermanos chilenos que contribuís así a la lucha de España acompañándola, dándole vuestra voz de amor y de esperanza, de afirmación filial en instantes en que sus entrañas maternales sufren la agonía de la vida creadora (2015: 377-378).

En efecto, María Zambrano, en su reseña de *La guerra* de Antonio Machado, publicada en el número XII (diciembre de 1937) de la revista *Hora de España*, se reafirmaba en su convicción de que

La poesía española es tal vez lo que más en pie ha quedado de nuestra literatura, cosa que no nos ha sorprendido, porque su línea ininterrumpida desde Juan Ramón Jiménez es lo más revelador, la manifestación más transparente del hondo suceso de España... [...] La historia de España es poética por esencia, no porque la hayan hecho los poetas, sino porque su hondo suceso es continua trasmutación poética y quizás también porque toda historia, la de España y la de cualquier otro lugar, sea en último término poesía, creación, realización total; por todo esto que se apunta y por otras cosas que se callan, tal vez sea la poesía española, desde Juan Ramón Jiménez hasta hoy, el índice o documento mejor de nuestros verdaderos acontecimientos (1998: 171).

Si para Zambrano el poeta era «un legislador, legislador poético, padre de un pueblo», Antonio Machado es el «Poeta, poeta antiguo y de hoy; poeta de un pueblo entero al que enteramente acompaña» (1998: 172). En Antonio Machado hay poesía y pensamiento, porque «si miramos a su propia poesía, sin atender a los pensamientos que Juan de Mairena o el mismo Machado hombre nos da en *La guerra*, vemos que no le es ajeno el pensamiento» (1998: 173). Poesía y pensamiento, de ahí la razón poética:

Poesía y razón se completan y requieren una a otra. La poesía vendría a ser el pensamiento supremo por captar la realidad íntima de cada cosa, la realidad fluyente, movediza, la radical heterogeneidad del ser.

Razón poética, de honda raíz de amor.

No podemos proseguir por hoy, lo cual no significa una renuncia a ello, los hondos laberintos de esta razón poética, de esta razón de amor reintegradora de la rica sustancia del mundo. Baste reconocerla como módula de la poesía de Antonio Machado, poesía erótica que requiere ser comentada, convertida a claridad, porque el amor requiere siempre conocimiento popular (1998: 177-178).

El matrimonio Aldave-Zambrano publicó el 11 de mayo de 1937 en el periódico chileno *Frente Popular* una nota de despedida firmada por ambos que decía así:

Con el pie en el estribo y listos para defender a la libertad y a la Democracia con las armas, un cordial saludo al pueblo chileno por intermedio de nuestro querido Frente Popular (Soto García 2005: 67).

Conviene recordar que durante su estancia chilena María Zambrano asistió en representación de la Alianza española al Primer Congreso de Escritores de Chile, celebrado el 3 de abril de 1937 en Santiago. Las resoluciones de aquel Congreso fueron entregadas por Manuel Rojas, presidente del mismo, al embajador español Rodrigo Soriano. Alfonso Rodríguez Aldave, secretario de la embajada, transmitió estas resoluciones a la Alianza madrileña y *El Mozo Azul* publicó en su número 16 (1 de mayo de 1937) un texto fechado en «Santiago, 7 de abril de 1937» que estaba firmado por Eugenio Orrego, Alberto Romero, Luis Alberto Sánchez y Gerardo Seguel.

María Zambrano, desde su regreso a la España republicana en mayo de 1937, vivió en Valencia y Barcelona y siguió siendo «negrinista» hasta el final de la guerra, es decir, fiel al gobierno republicano del presidente Juan Negrín y a su política de resistencia antifascista, tal y como escribe en una «Carta a Rosa Chacel» fechada en Barcelona, como ya hemos dicho, el 26 de junio de 1938:

Pues parece ser que ha llegado la diáspora.

¡Yo me quedo aquí! Alfonso hecho una maravilla de Comisario político en el frente de Levante, donde quedó.... [...] luchando por la «sagrada independencia de la Patria», como dice él. Como digo yo, como dice nuestro presidente Negrín, como es. No hay más en este momento que la Patria, que España exista, en nuestra sangre, en nuestros huesos, en nuestros pensamientos, en nuestras cenizas. Que exista. ¿Leíste la «Oda a la patria» de Cernuda? Es una maravilla y Luis también (1998: 211).

V. El Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, julio de 1937)

Dado que no intervino públicamente ni firmó la ponencia colectiva de intelectuales españoles, podría dudarse hasta ahora de la asistencia de María Zambrano al Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura. Sin embargo, la publicación de una fotografía de Walter Reuter, en que aparece junto a su marido a la salida del Ayuntamiento de Valencia, entonces capital de la República española –foto inédita hasta este año 2023 que ha podido contemplarse en una exposición comisariada por Aku Estebaranz que se inauguró el 31 de marzo del presente año 2023 en el Palacio de Comunicaciones de Valencia–, evidencia la presencia física de María Zambrano y Alfonso Rodríguez Aldave en la ciudad de Valencia aquel 4 de julio de 1937 en que el doctor Juan Negrín inauguró este mítico Segundo Congreso Internacional, que Zambrano valoró con estas palabras:

El Congreso internacional de intelectuales para la defensa de la cultura, celebrado en Madrid, Valencia y Barcelona, ha sido quizá el acto de más trascendencia organizado por la Alianza. Coincidendo con su celebración, se editaron *Romancero general* y una *Crónica general de la guerra*, recopilación de romances y crónicas de poetas y escritores, en su casi totalidad miembros de la Alianza. También se editó un libro de poemas: *Poetas en la España leal*, poetas todos pertenecientes a la Alianza.

El Congreso ha tenido una gran trascendencia desde el punto de vista de su significación moral y de solidaridad. El simple hecho de reunirse en nuestro suelo y muy especialmente en Madrid tiene ya un gran simbolismo que va más allá de los discursos pronunciados, algunos de los cuales, sin embargo, fueron de gran interés. El paso de los congresistas por los pueblos fue de una intensa emoción (1998: 150).

Precisamente esta última frase fue decisiva para que mi memoria recordara las emociones que María Zambrano expresaba en un artículo en que, camino de Valencia a Madrid, los congresistas se detuvieron a comer el 5 de julio de 1937 en el pueblo conquense de Minglanilla. En 2018 publiqué la cuarta edición de mi libro sobre este Segundo Congreso Internacional (Aznar Soler 2018) y, entre la documentación incluida, edité un texto de María Zambrano titulado «La inteligencia del mundo está junto a la España leal», publicado en la página 7 del diario *Crítica* de Buenos Aires correspondiente al 2 de agosto de 1937, texto cuyo conocimiento debo a la generosa amistad del profesor Niall Binns (Aznar Soler 2018: 803-806).

Este artículo no lo incluyó Jesús Moreno Sanz en su valiosa edición de *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil* (Zambrano 1998), pero sí Antolín Sánchez Cuervo en su excelente edición anotada de *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, tomo I de sus *Obras Completas* (Zambrano 2015: 105-514). Antolín Sánchez Cuervo reproduce el texto (Zambrano 2015: 316-319) editado en la revista *Ercilla*, Santiago de Chile (agosto

de 1937), según la versión publicada por Pamela Soto García (Soto García 2005: 187-189). Sin embargo, el texto de María Zambrano publicado en el diario bonaerense *Crítica*, que dirigía el uruguayo Natalio Botana, es más extenso y en su parte final se refiere a esas emociones de los congresistas al experimentar un contacto vivo y directo con el «pueblo» español. Vale la pena, por tanto, reproducir íntegramente este artículo:

LA INTELIGENCIA DEL MUNDO ESTÁ JUNTO A LA ESPAÑA LEAL¹

Se ha celebrado en tierras de España el II Congreso de Intelectuales Antifascistas para la Defensa de la Cultura. El acuerdo fue tomado en Londres antes de que estallara la actual contienda, y ha sido posteriormente ratificado. Y hace unos días realizado en nuestras doloridas ciudades, en el Madrid tan próximo a la línea de fuego y en la línea de fuego misma.

Tres etapas ha tenido el Congreso en España: Barcelona, Valencia y Madrid, y aún otra del mayor interés: el camino y los pueblos que los congresistas han tenido que recorrer entre las ciudades. Y hasta es posible que lo espontáneo que ha saltado al camino, como tanto sucede entre españoles, haya superado en sentido y emoción a lo organizado y planeado de antemano.

No sabemos aún el efecto que haya causado a los escritores llegados de afuera lo visto ni las consecuencias que en su mente van a sacar de ello. Esperamos sus artículos, sus libros, sus conferencias vivamente. Pero hoy, y aprovechando el haber nosotros llegado no ha mucho de lejanas tierras, vamos a recapitular, a sacar una visión esquemática de lo que a través del Congreso ha ido apareciendo de la tremenda realidad española.

No ha sido lo principal del Congreso los debates habidos en él, ni los discursos, ni los temas tratados, con no carecer de contenido y belleza. En el ánimo de todos estaba que el protagonista no era lo que allí se trataba, ni lo importante lo que se decía. El protagonista era el pueblo español combatiente, y la mayor edad del Congreso, el hecho magnífico de la estancia entre nosotros de esos hombres y mujeres que, abandonando sus todavía tranquilas tierras, sus afanes no perturbados por la metralla, los dejaron para venir a compartir el riesgo, la angustia y el peligro de esta guerra, la más cruel e inhumana de todas cuantas se han conocido. Al revés que los diplomáticos Congresos Internacionales, donde las palabras rara vez van más allá de una cortés convivencia, en este Congreso se respiraba desde primera hora una atmósfera de fraternidad. Los españoles vivimos hoy de cara a la muerte, burlándola en cada instante hasta llegar a la mayor naturalidad en el riesgo; es precisamente cuando alguien llega a compartirlo cuando nos damos cuenta plenamente de su existencia y recobramos el sentido de la vida normal; cuando recordamos que hay todavía lugares tranquilos en el mundo, techos bajo los cuales el sueño no amenaza tornarse eterno, cielos despejados, horizontes sin amenazas. Y esta cercanía de la muerte, cuya despierta conciencia recobramos ante la presencia del

¹. *Crítica*, Buenos Aires (2 de agosto de 1937), p. 7; reproducido en Aznar Soler 2018: 803-806.

prójimo, es lo que hace mirarlo como hermano. Y ese sentimiento, que rara vez se vierte en palabras, pero que está como fondo permanente de todo cuanto se hace o se dice, es el fondo que presta profundidad a las palabras, a los sucesos al parecer triviales, transformándolos en acontecimientos cargados de significación.

En esta atmósfera se ha desarrollado el Congreso; no importa que los congresistas habláramos mucho o poco; el sentido de la fraternidad estaba allí, en el fondo de todas las miradas y de todos los corazones.

Cada ciudad ha tenido una significación distinta. En Valencia, centro hoy de todas las actividades de la retaguardia, se celebró la sesión inaugural, la de clausura y todos aquellos actos en que el gobierno de la República ha querido manifestar a los escritores llegados de afuera su agradecimiento, al par que su empeño por que se llevaran una visión justa de nuestro drama. Personalidades de tan elevada representación oficial como Negrín y Álvarez del Vayo hablaron a los congresistas con un sentido objetivo y familiar. En su casa les hablaban de los graves conflictos de su casa, con esa difícil medida de la sinceridad y el pudor, puesto que no se trataba de implorar una simpatía, ni de pedir nada, sino de poner en evidencia la justicia profunda que nos asiste en esta tremenda lucha sin precedentes.

En la última sesión dos de nuestras más destacadas figuras intelectuales hablaron: Antonio Machado y Fernando de los Ríos. El sentido hondo de nuestras tradiciones, la voluntad imperecedera de nuestro pueblo, la continuidad de nuestro espíritu y cultura. De este misterio del español que no podrá comprender quien no está dispuesto a admitir el absurdo, nos habló Fernando de los Ríos. De la diferencia entre «masa» y pueblo, Antonio Machado, afirmando su teoría de que «las masas» es la expresión burguesa para designar al pueblo, nacida de quienes lo explotan económicamente y al llamarle así le rebajan de dignidad humana y categoría espiritual. Y de esa profunda humildad con que el poeta se ha acercado siempre al pueblo y a sus profundos saberes, lejos de toda pedantería y de ese menosprecio disfrazado de quienes creen que hacer cultura popular es bajar de tono, vulgarizar la cultura que ellos tienen.

En esta atmósfera de dignidad intelectual terminó el Congreso en Valencia sus sesiones de trabajo. Después, Barcelona nos ofreció el descanso de una ciudad lejos de la línea de combate, perfectamente organizada, casi intacta. La Universidad ofreció una bellísima fiesta de cantos y danzas catalanas. Y la Alianza de Escritores Catalanes, un espléndido concierto de Pablo Casals. Era casi la paz después de la vertiginosa Valencia, del dramático Madrid.

Madrid. En «el bonito, alegre y limpio» Madrid, como decía Alexis Tolstoi, se verificó la verdadera significación del Congreso. Fue una comunión constante con los combatientes del frente de batalla. Literalmente bajo los combates de aviones, oyendo casi continuamente el sonar de los cañones que los madrileños han bautizado con graciosos mote, allí, a dos pasos

2. Hasta aquí el texto de María Zambrano publicado por la revista chilena *Ercilla* que se reproduce en Zambrano 2015, pp. 316-319.

de la línea de fuego, en el dolorido y luminoso Madrid, con su clara luz de siempre, se vivió algo inolvidable, pase lo que pase.² Algo absoluto y cuya sola existencia ya nada podrá desvirtuar. La fusión entre el pueblo combatiente y el intelectual. Nunca hubiéramos pensado en que soldados con casco y bayoneta montaran guardia a un escritor que hablaba; nunca hubiéramos pensado en la elocuente sencillez que hacía recordar otras épocas, en la aurora de la civilización, cuando la misma razón estaba armada de esta unión, de esta confraternidad de las armas y la palabra. No tenía nada que ver con las frías ceremonias tradicionales ya vaciadas de sentido; por el contrario, una brisa de aurora, de algo naciente, quizá balbuciente en su expresión, atravesaba la sala del Auditórium de la Residencia de Estudiantes cada vez que una representación de las Brigadas combatientes en el frente de Madrid, acompañadas de sus banderas, subían a saludar al Congreso. Palabras ingenuas que aparecían descubiertas de nuevo al salir tan verdaderamente, tan fielmente sentidas. Palabras más cortas que la verdad que expresaban. Definitivamente quedábamos obligados ante quienes así hablaban, corroborando con su sangre sus palabras. Esto fue Madrid.

Minglanilla. Peñíscola. Un pueblo atormentado y un pueblo feliz nos salieron inesperadamente al camino. Camino de Valencia a Madrid, hicimos alto en Minglanilla para almorzar. El fervor popular, ese rumor de colmena que adquiere el pueblo cuando se despierta, cuando con su rumor nos advierte, cuando nos pregunta por algo que a todos nos importa, cuando nos recuerda, al esperar de nosotros, nuestros deberes. Mujeres de negro, angustiadas mujeres de Extremadura, la dulce y pétrea Extremadura, nos salieron al encuentro y lloraban, los ojos enrojecidos, la voz desgarrada, «¡sálvennos, sálvennos del fascismo!», y seguían: «que es algo muy terrible, iustedes no saben!». Mujeres, madres angustiadas, lejos de sus casas blanqueadas, de sus olivos natales, de sus encinas familiares, de sus hijos, de todo lo suyo; mujeres traspasadas de dolor, sangre de nuestra misma sangre, en vuestro dolor, sumergidos, comprendemos toda la monstruosidad sin límites, todo lo imborrable del crimen de quien llenó vuestras vidas de angustia, de quien enturbió vuestra frente ennoblecida por todo lo que en el ser humano puede haber de santo.

Y por las carreteras, entre los olivos y los chopos, saliendo de las humildes casas pegadas a la tierra, salían los hombres que trabajan con las yuntas en las eras, los que cuidan las viñas y amasan el pan y saben de la mudable fortuna que se lleva la cosecha y de la fecundidad sagrada de la tierra, de los vientos y de las lluvias, salían los hombres del campo y dura la mirada, arrugada la frente, levantaban el puño. Y nos cruzábamos con los camiones donde los mozos van a la llamada de los regimientos, y ellos son los más alegres; las canciones de guerra: «Guerrillero, guerrillero... Extremadura te llama». «Puente de los Franceses – nadie te pasa» ... Con naturalidad y con alegría marchan hacia la muerte probable.

Ya de retorno a Barcelona, un regalo, una fiesta: Peñíscola. La península donde el Papa Luna estableciera su sello irreductible frente a Roma. Todo un símbolo: España frente a Roma, ayer como hoy. Calles azules, rosadas, encaladas, llenas de tiestos de geranios y claveles, intimidad limpia, misterio ante la luz. Todo el pasado de nuestro pueblo haciéndose presente, transparente, perfecto. Todo un pueblo feliz viviendo en la belleza tan sutilmente creada por sus propias manos, viva cultura que nada más hace desear. La felicidad y la paz que España merece y que el mundo necesita.

Me interesa destacar ante todo en este hermoso texto zambraniano el protagonismo del «pueblo», que se refleja a mi modo de ver en un doble sentido: por una parte, su convicción de que en la guerra «el protagonista era el pueblo español combatiente», el pueblo español antifascista; por otra, el contacto directo entre escritores y «pueblo» que se ha producido en «el camino y los pueblos que los congresistas han tenido que recorrer entre las ciudades» de Valencia, Madrid y Barcelona.

No cabe duda de que entre los congresistas «el sentido de la fraternidad estaba allí, en el fondo de todas las miradas y de todos los corazones» y que en Madrid, frente de guerra, «capital de la gloria» y de la Resistencia popular, se produjo «una comunión constante con los combatientes del frente de batalla», es decir, que en el Auditorium de la Residencia de Estudiantes se realizó «la fusión entre el pueblo combatiente y el intelectual», entre las armas y las letras, que en Madrid se consumó la «confraternidad de las armas y la palabra».

El segundo aspecto de este protagonismo popular se refiere a las experiencias, emociones y vivencias de estos escritores en contacto directo con el «pueblo», con campesinos de pueblos españoles como Minglanilla, «un pueblo atormentado», o Peñíscola, «un pueblo feliz». Minglanilla, lugar de epifanías para muchos de aquellos escritores (Binns 2008), significó compartir por unas horas el dolor de esas «mujeres de negro, angustiadas mujeres de Extremadura», acogidas en un pueblo conquense y que habían perdido en los frentes a sus seres más queridos, «mujeres traspasadas de dolor, sangre de nuestra misma sangre», víctimas directas del fascismo internacional. Por otra parte, en Minglanilla aquellos escritores habían podido comprender el duro trabajo de «los hombres del campo», campesinos castellanos que, «dura la mirada, arrugada la frente, levantaban el puño» a modo de saludo, mientras «los mozos», entonando canciones de guerra, «con naturalidad y con alegría marchan hacia la muerte probable». Nada que ver este heroísmo popular castellano con, de camino entre Valencia y Barcelona, la parada en la Peñíscola del Papa Luna, con la vida cotidiana en este luminoso pueblo mediterráneo, «todo un pueblo feliz viviendo en la belleza tan sutilmente creada por sus manos, viva cultura que nada más hace desear». Peñíscola, «calles azules, rosadas, encaladas, llenas de tiestos de geranios y claveles, intimidad limpia, misterio ante la luz», se convierte así en el símbolo, por contraste con la castellana Minglanilla, de «la felicidad y la paz que España merece y que el mundo necesita» si el pueblo español hubiese derrotado en la guerra al fascismo internacional.

EPÍLOGO

UNA CARTA INÉDITA DE MARÍA ZAMBRANO EN 1978

En 1977 se creó en Barcelona el Centre de Treball i Documentació (CTD), que quería ser una especie de versión catalana del marxista Instituto Gramsci italiano, un centro de estudios que, en aquellos años de la Transición democrática, se constituyó como un grupo interdisciplinario de análisis y debate en el ámbito de las ciencias sociales con la voluntad explícita de vincularse a las luchas por la emancipación de las clases populares. El CTD tenía su sede en un modesto local de la calle Gran de Gràcia y de este centro de estudios era director Octavi Pellissa, primer estudiante comunista en la Universitat de Barcelona, militante del PSUC desde 1955, que fue detenido y torturado por los hermanos Creix en enero de 1957.

La primera actividad pública de este CTD fue la organización en 1978 de un Coloquio sobre la Guerra de España, acaso la primera vez que se planteaba el tema abiertamente a discusión pública. Si la memoria no me falla, acaso Ramon Garrabou o el propio Octavi Pellissa me encargaron la organización, junto a Giulia Adinolfi, de la sección de literatura del CTD, así como de una mesa redonda en dicho Coloquio sobre la Alianza de Intelectuales para la Defensa de la Cultura.

Cabe aclarar que este encargo se produjo porque ese mismo año 1978 había publicado ya la primera edición de mi libro sobre el Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Aznar Soler 1978) y que, por tanto, los dirigentes del CTD confiaron en aquel entonces joven profesor no-numerario de la Universitat Autònoma de Barcelona la organización de una mesa redonda sobre el tema.

Esta memoria personal se justifica porque, con tal motivo, le escribí una carta a María Zambrano, un folio mecanografiado fechado en Barcelona el 19 de mayo de 1978, en la que le invitaba a participar en la sesión de aquel Coloquio que iba a celebrarse el 14 de junio sobre la Alianza:

Barcelona, 19 de mayo de 1978

María Zambrano
La Vilosa
Créteil-Val-de-Marne
Francia

No dirijo a Ud. un número del Centro de Documentación y Trabajo de Barcelona para exponerle lo siguiente. Este Centro ha organizado un ciclo de debates sobre la Guerra Civil española, acompañado por la proyección de las películas más significativas sobre el tema. Los debates están referidos a relectivizaciones, Brigadas Internacionales, represión, clandestinidad y Alianza de intelectuales antifascistas. Para este último, y dada la reedición de su libro Los intelectuales en el drama de España por la editorial madrileña Hispanoamérica, nos ha parecido interesante su participación. El criterio es aunar estudiosos del tema con protagonistas de los mismos. En la mesa redonda sobre la Alianza estabais gestionando la participación de Alberti y Juan Gil-Albert, contando ya con José Renau y Robert Barrat. Hay una representación de escritores catalanes en la persona de Pere Quart y el crítico Joaquín Molos. Esta mesa sobre la Alianza tendrá lugar el día 14 de junio a las 7'30 horas.

Nos gustaría que aceptara nuestra invitación y poder contar así con su valioso testimonio. Naturalmente, todos los gastos de viaje y estancia quedan cubiertos por la organización. Le rogamos que nos conteste a la mayor brevedad posible, dada la proximidad de fechas. Hasta entonces, un saludo cordial

Manuel Aznar Soler
Manuel Aznar Soler
España 2. año 1º
Barcelona - 73

Carta de Manuel Aznar Soler a María Zambrano. Barcelona. 19 de mayo de 1978.

Barcelona, 19 de mayo de 1978

María Zambrano
La Pièce
Crozet-par-Jex-Ain
France

Me dirijo a Vd. en nombre del Centro de Documentación y Trabajo de Barcelona para exponerle lo siguiente. Este Centro ha organizado un ciclo de debates sobre la Guerra Civil Española, acompañado por la proyección de las películas más significativas sobre el tema. Los debates están referidos a colectivizaciones, Brigadas Internacionales, represión, enseñanza y Alianza de Intelectuales Antifascistas. Para este último, y dada la reedición de su libro *Los intelectuales en el drama de España* por la editorial madrileña Hispamerca³, nos ha parecido interesante su participación. El criterio es aunar estudiosos del tema con protagonistas de los mismos. En la mesa redonda sobre la Alianza estamos gestionando la participación de Alberti y Juan Gil-Albert, contando ya con José Renau y Robert Marrast. Hay una representación de escritores catalanes en la persona de Pere Quart y del crítico Joaquim Molas. Esta mesa sobre la Alianza tendría lugar el día 14 de junio a las 7'30 horas.

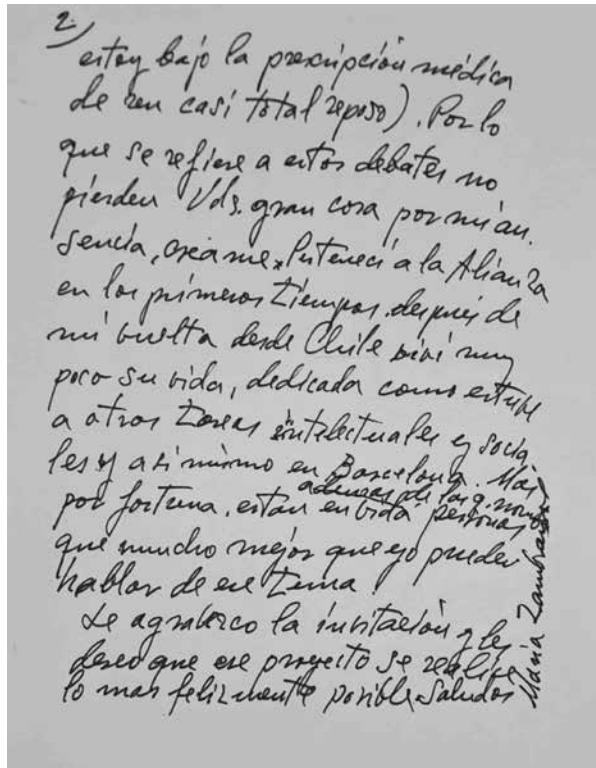
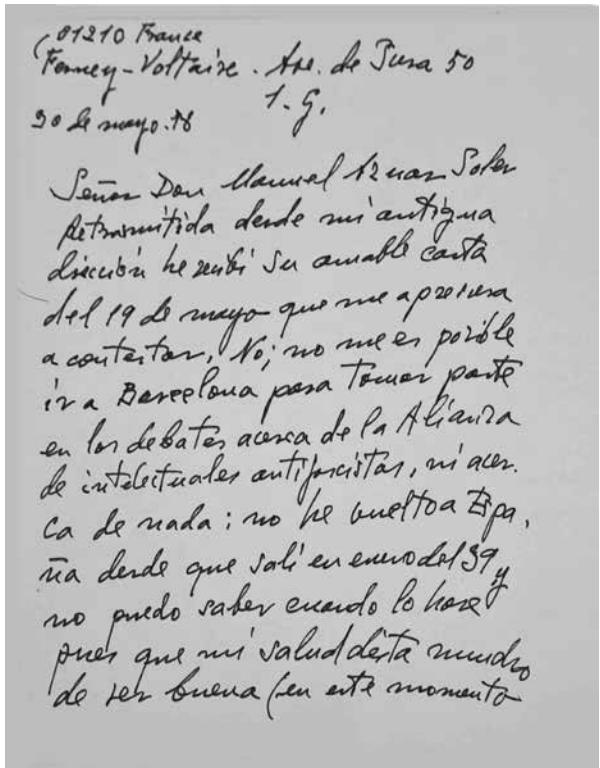
Nos gustaría que aceptara nuestra invitación y poder contar así con su valioso testimonio. Naturalmente, todos los gastos de viaje y estancia quedan cubiertos por la organización. Le rogamos que nos conteste a la mayor brevedad posible, dada la premura de fechas. Hasta entonces, un saludo cordial

Manuel Aznar

Manuel Aznar Soler
Espinoy 2, ático 1º
Barcelona-23

María Zambrano tuvo la amabilidad de contestarme inmediatamente y, por su valor testimonial y documental, transcribo íntegramente esta carta inédita suya, dos cuartillas manuscritas con el remite siguiente: «María Zambrano / Av de Jura 50 1º G / 01210 Ferney-Voltaire / Francia»:

³. Zambrano, M., *Los intelectuales en el drama de España y ensayos y notas*, Madrid, Hispamerca, 1977.



Carta de María Zambrano
a Manuel Aznar Soler.
Ferney-Voltaire (Francia),
30 de mayo de 1978.

Ferney-Voltaire. Av de Jura 50 01210 France
30 de mayo-78
Señor Don Manuel Aznar Soler

Retransmitida desde mi antigua dirección he recibido su amable carta del 19 de mayo que me apresuro a contestar. No; no me es posible ir a Barcelona para tomar parte en los debates acerca de la Alianza de intelectuales antifascistas, ni acerca de nada; no he vuelto a España desde que salí en enero del 39 y no puedo saber cuándo la hora pues que mi salud dista mucho de ser buena (en este momento estoy bajo la prescripción médica de un casi total reposo). Por lo que se refiere a estos debates no pierden Vds. gran cosa por mi ausencia, créame. Pertenecí a la Alianza en los primeros tiempos, después de mi vuelta desde Chile viví muy poco su vida, dedicada como estuve a otros tareas intelectuales y sociales y asimismo en Barcelona. Mas por fortuna, están en vida personas que mucho mejor que yo pueden hablar de ese tema.

Le agradezco la invitación y les deseo que ese proyecto se realice lo más felizmente posible. Saludos.

María Zambrano

Como sabemos, María Zambrano no regresó definitivamente a España hasta el 20 de noviembre de 1984, 45 años después del inicio en enero de 1939 de su largo exilio y exactamente nueve años después de la muerte del dictador que la obligó a exiliarse.

Bibliografía

- Aznar Soler, M. (1978), *Pensamiento literario y compromiso antifascista de la intelectualidad española republicana*. Barcelona, Editorial Laia.
- (1987), *Literatura española y antifascismo (1927-1939)*. Valencia, Conselleria de Cultura, Educació i Ciència.
- (2018), *Segundo Congreso Internacional de Escritores para la Defensa de la Cultura (Valencia-Madrid-Barcelona-París, 1937). Actas, discursos, memorias, testimonios, textos marginales y apéndices*. Valencia, Institució Alfons el Magnànim-Centre Valenciac d'Estudis i d'Investigació.
- Binns, N. (2008), «Un descanso en el camino para los congresistas del '37: Minglanilla, lugar de epifanías». *República de las Letras*, 107, pp. 65-70.
- Bundgard, A. (2009), *Un compromiso apasionado. María Zambrano: una intelectual al servicio del pueblo (1928-1939)*. Madrid, Editorial Trotta.
- Moreno Sanz, J. (1998), «De la razón armada a la razón misericordiosa», «Presentación» a *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Madrid, Editorial Trotta, pp. 9-55.
- Sánchez Cuervo, A. (2015), «Presentación» a *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, edición y presentación al cuidado de Antolín Sánchez Cuervo, en *Obras Completas I*, edición dirigida por Jesús Moreno Sanz, con la colaboración de Pedro Chacón Fuertes, Mercedes Gómez Blesa, Mariano Rodríguez González y Antolín Sánchez Cuervo. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 107-118.
- Soto García, P. (2005), «María Zambrano en Chile». *República de las Letras*, Madrid, 89 (abril), pp. 48-68.
- Zambrano, M. (1977), *Los intelectuales en el drama de España y ensayos y notas*. Madrid, Hispamerca.
- (1998), *Los intelectuales en el drama de España y escritos de la guerra civil*. Madrid, Editorial Trotta.
- (2015), *Los intelectuales en el drama de España y otros escritos de la guerra civil*, edición y presentación al cuidado de Antolín Sánchez Cuervo, en *Obras Completas vol. I*, edición dirigida por Jesús Moreno Sanz, con la colaboración de Pedro Chacón Fuertes, Mercedes Gómez Blesa, Mariano Rodríguez González y Antolín Sánchez Cuervo. Barcelona, Galaxia Gutenberg, pp. 105-514.